



Roberto Regoli: “Ratzinger supo mostrar la belleza y la sencillez de la fe”

El sacerdote Roberto Regoli, desde hace unos meses presidente de la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, habla en esta entrevista sobre la actualidad del legado teológico y espiritual del Papa alemán, un año antes del centenario de su nacimiento.



—TEXTO *Giovanni Tridente, Roma*

A un año del centenario del nacimiento de Joseph Ratzinger (1927-2027), y a veintiún años del inicio de su pontificado, la figura de Benedicto XVI vuelve a ser el centro del debate eclesial y cultural, no en clave celebrativa, sino como interlocutor vivo de nuestro tiempo. Desde hace unos meses, la Fundación Vaticana que lleva su nombre está dirigida por el historiador de la Iglesia, Roberto Regoli, sacerdote y profesor de la Universidad Gregoriana, que ha sucedido al jesuita Federico

noticia diaria

Lombardi. Este cambio marca una nueva etapa para una institución creada en 2010, con el objetivo de promover el estudio y la difusión del pensamiento de Ratzinger mediante premios, congresos, publicaciones e iniciativas académicas de alcance internacional.

En esta entrevista con Omnes, Regoli ofrece una relectura histórica y teológica del pontificado de Benedicto XVI, abordando algunos temas decisivos: la relación entre fe y razón en una época marcada por la polarización, la cuestión de la reforma eclesial, el diálogo entre los pontificados recientes y la responsabilidad de las instituciones culturales en el fomento de un debate serio y no ideológico.

¿Cuál cree que es la contribución más duradera del pensamiento de Joseph Ratzinger a la teología y a la vida eclesial contemporánea?

—El olfato de la fe. Lo que los teólogos llaman el *sensus fidei*. Ratzinger, hombre de fe aguda, dedicó su inteligencia teológica y su servicio ministerial a confirmar y hacer crecer la fe de todo el Pueblo de Dios. No son pocos los que lo consideran, desde hace años, un verdadero Doctor de la Iglesia. Supo mostrar la belleza y la razonabilidad de la fe católica en Cristo. **El pontificado de Benedicto XVI se ha interpretado, a menudo, a través de categorías mediáticas reduccionistas. Desde su punto de vista, ¿qué interpretación le parece hoy más equilibrada de la forma en que ha gobernado la Iglesia?**

—El suyo fue sobre todo un gobierno magisterial, basado en la palabra, en la enseñanza. Un contenido de fe, que ya es patrimonio de toda la Iglesia. Él marcaba los horizontes de la acción eclesial, el sentido último y las razones del compromiso. Luego correspondía a otros, a sus colaboradores, es decir, a las oficinas de la Curia romana, aplicar sus amplias visiones. Era más un hombre de pensamiento que de gobierno, pero esto estaba claro para todos, incluso antes de su elección al solio petrinio.

¿Cómo encaja el pontificado de Benedicto XVI en el proceso de reforma de la Curia que culminó en la *Praedicate Evangelium* del Papa Francisco?

—Benedicto XVI fue un reformador de la Iglesia más que de la Curia. Estaba convencido de que aún debía llevarse a cabo plenamente la reforma de la Curia de Juan Pablo II (1988) y por eso declaró públicamente que no tenía intención de proceder con una nueva cons-

titución apostólica de reorganización de la estructura. Sin embargo, luego reformó algunas cosas. Creó el Dicasterio de la Nueva Evangelización, unificó y desunificó algunos dicasterios, y llevó a cabo una nueva distribución de competencias entre los organismos romanos. La Curia es una realidad viva y, por lo tanto, es inimaginable no tocar continuamente su organización. Una visión estática correspondería más a su muerte. Luego, Francisco comenzó su pontificado con otro enfoque, que veía en la reforma de la Curia un pilar fundamental de su pontificado, que llegó en la última etapa de su gobierno.

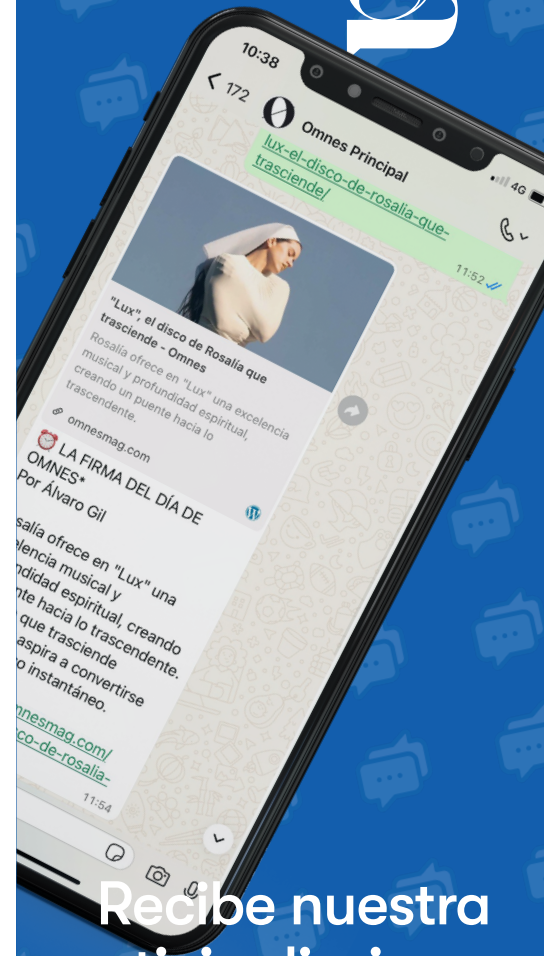
La relación entre fe y razón fue uno de los grandes ejes del magisterio de Ratzinger. En una época cultural marcada por la fragmentación y la polarización, ¿sigue teniendo este nudo una fuerza profética?

—Es la única vía posible para salvar a la sociedad de la autodestrucción. Las polarizaciones atraviesan las diferentes sociedades occidentales, que son incapaces de tener una visión común y compartida del bien. Las diversidades se han transformado en contraposiciones y los puntos de vista individuales se han absolutizado de manera conflictiva. El problema es que las sociedades occidentales actuales están atravesadas por una sobrevaloración de los sentimientos, donde el sentir ha prevalecido sobre el comprender, donde el propio sentir se considera la fuente de los propios derechos.

La propuesta de Ratzinger, en cambio, ha ido en otra dirección, queriendo salvar no solo la contribución de la fe y la religión, sino también la de la razón, cada vez más humillada en el contexto cultural actual. La propuesta de Ratzinger fue preservar lo humano, es decir, valorar las grandes fuerzas fundamentales del hombre y la mujer, que hacen cada vez más humanos a los seres humanos: la religión y la razón, según un criterio de búsqueda sincera y humilde de la verdad. Y ello sin mortificar los sentimientos, sino sabiendo orientarlos hacia el bien.

Mirando los pontificados recientes, ¿qué líneas de continuidad le parecen más evidentes en el camino de la Iglesia, más allá de las diferencias de estilo?

—A veces las diferencias no son solo de estilo. Y eso no debería scandalizar, ya que son legítimas. Yendo a la cuestión central, la preocupación común de los Papas de las últimas décadas es y sigue siendo el anuncio de la fe



Recibe nuestra
noticia diaria por
WhatsApp



→ VIENE DE PÁGINA 21

y la cohesión de la comunidad creyente. En este sentido, el primer año de pontificado de León XIV está en línea con sus predecesores. **A menudo se ha contrapuesto el pontificado de Benedicto XVI al de Francisco. ¿Puede un historiador ayudarnos a interpretar estas diferencias como un desarrollo y no como una fractura?**

—No todas las diferencias son necesariamente desarrollo o fractura. Pueden ser simplemente otra cosa: otro enfoque, otro reconocimiento de las urgencias, otra sensibilidad, otra capacidad de comprensión de la realidad..., otra cosa y nada más. Evidentemente, entre Benedicto XVI y Francisco había diferencias: diferencias geográficas, culturales, intelectuales, de bagaje experiencial y humano. En Benedicto XVI, por ejemplo, prevalecía más el aspecto teológico para la comprensión de la realidad, mientras que en Francisco prevalecía el sociológico. Ha habido un cambio de prioridades. Por ejemplo, Benedicto XVI habló del medio ambiente, de la defensa de la naturaleza y del desarrollo humano integral, pero nadie reconocería estos temas como prioritarios de su pontificado, mientras que en relación con Francisco esos temas se perciben como primordiales de su acción en el mundo.

Estamos a un año del centenario del nacimiento de Joseph Ratzinger (1927-2027) y a veintiún años del inicio de su pontificado. ¿En qué iniciativas está trabajando la Fundación para acompañar esta conmemoración? ¿Qué memoria se desea conservar y qué futuro se quiere abrir?

—Entre los compromisos principales de la Fundación estará precisamente la celebración del centenario del nacimiento de Joseph Ratzinger (1927-2027), que ya estamos preparando desde la primavera de 2025 con la programación de conferencias, publicaciones, exposiciones y conciertos que involucrarán a muchos países de todos los continentes.

El legado de Ratzinger, teólogo, pastor y Papa, está muy vivo, hasta el punto de seguir siendo fuente y confirmación de muchos caminos personales de conversión y fe en el mundo. No se quiere presentar a Ratzinger como un tesoro precioso de museo, sino en su actualidad. La vigencia de su pensamiento sigue aportando una contribución significativa a los debates teológicos y culturales de nuestro tiempo. Mi compromiso personal será hacer que esta voz siga resonando

también a través de la Fundación. Pienso no solo en las aulas universitarias, sino también y sobre todo en los jóvenes, para ayudarles a redescubrir la belleza de la fe, ante todo, en Cristo y en la Iglesia.

La Fundación Ratzinger promueve premios, congresos y actividades académicas. ¿Qué criterio guía hoy la elección de los temas y los destinatarios, en un contexto eclesial y cultural que sin duda ha cambiado?

—En primer lugar, el horizonte es internacional, es decir, según las coordenadas de la universalidad de la Iglesia católica. En cuanto al Premio Ratzinger, se ha premiado a personas de Alemania, Japón, Estados Unidos, Italia, Australia, Brasil, Líbano y Burkina Faso, entre las que se encuentran teólogos, arquitectos, filósofos, juristas, etc. Hasta la fecha, son 31 las personalidades galardonadas con el Premio Ratzinger. No solo son católicos, sino que también pertenecen a otras confesiones cristianas —un anglicano, un luterano, dos ortodoxos— y uno es de religión judía.

Además de esta actividad, la Fundación



“No se quiere presentar a Ratzinger como un tesoro precioso de museo, sino en su actualidad”.

“Benedicto XVI no ha hecho más que señalar la belleza y la alegría de la fe, entablando un diálogo con las instancias culturales de su tiempo”.

apoya con becas a jóvenes doctorandos, la organización de congresos científicos anuales y la publicación de volúmenes.

En una época de comunicación acelerada y a menudo conflictiva, ¿qué responsabilidades tienen hoy los estudiosos y las instituciones culturales eclesiales en fomentar un debate serio y no ideológico?

—En primer lugar, la responsabilidad de estudiar. El estudio serio, constante y humilde es el requisito previo para cualquier diálogo, para cualquier debate no ideológico. De lo contrario, solo se trata de un grito continuo de eslóganes y amenidades por el estilo. En segundo lugar, las instituciones culturales eclesiales no solo deben estudiar, sino también ser capaces de organizar su trabajo científico para saber cómo divulgarlo. No pocas veces se aprecia una timidez en la expresión de la propia opinión, lo que hace que se pierda una importante contribución al debate público. No es tiempo de timidez, sino de compromiso a cara descubierta.

La elección del Papa León XIV abre una nueva etapa. ¿Qué elementos de continuidad con los pontificados anteriores le parecen que ya están surgiendo?

—La elección del cardenal Prevost manifiesta un nuevo proceso dentro del catolicismo. La propia elección del nombre del Papa es una señal de ello. La elección del nombre es el primer acto de gobierno del elegido. Indica su programa a nivel pastoral, político y espiritual. Llamarse Francisco o Pío remite a diferentes modelos de Iglesia, y no solo a estilos de autorrepresentación del elegido. En el momento en que Prevost eligió llamarse León, se situó fuera de todas las genealogías papales recientes. Las expectativas en el mundo católico no eran homogéneas: había quienes esperaban un Francisco II, en plena y marcada continuidad con Bergoglio, quienes esperaban un Juan Pablo III para un impulso pastoral, y quienes esperaban un Pablo VII para una misión en estrecho diálogo con el mundo. Prevost se ha salido del juego de las expectativas y ha elegido un nombre en el que nadie pensaba, inspirándose claramente en León XIII, el último Papa del siglo XIX. Dicho esto, se reconocen muchos elementos de continuidad con el hilo conductor de los pontificados anteriores: la urgencia de replantear la fe, el tema de la misión y la ineludible necesidad de la unidad de los creyentes en el Credo.

400 años de San Pedro



Si tuviera que indicar una categoría clave para comprender el legado de Joseph Ratzinger a las nuevas generaciones, ¿cuál elegiría?

—La belleza y la sencillez de la fe en Cristo. En todos sus textos, discursos y actos de gobierno, no ha hecho más que señalar la belleza y la alegría de la fe, entablando un diálogo con las instancias culturales de su tiempo.

Incluso al renunciar al ministerio petriño activo, no ha podido sino remitirse a Cristo y reafirmar que la Iglesia es suya, toda suya, ya que Cristo es el sumo pastor. También allí realizó un profundo acto de fe. De hecho, Benedicto XVI, con su enseñanza y su vida, anima constantemente a no perder ninguna ocasión de anunciar a Cristo, con alegría y determinación. La suya ha sido una invitación a realizar una comunión y una amistad de fe entre los creyentes.

Mirando hacia el futuro, ¿dónde ve hoy los signos más creíbles de esperanza para la Iglesia en el contexto global?

—“El Señor prepara un futuro lleno de esperanza”: esta es la fe del creyente. Es la fe bíblica y contemporánea de la Iglesia. No se trata de signos que se encuentran

en el mundo: hay guerras y siempre las habrá, lamento decirlo. La esperanza no es algo que el hombre se da a sí mismo, sino algo que recibe de Dios.

En el contexto global no tenemos signos de esperanza, sino de conflicto y conflictos, como siempre.

El signo más creíble de esperanza es, pues, la fe de la Iglesia y de los creyentes: un acto constante de confianza en Dios. ■



VÍCTOR TORRE DE SILVA

—Estudiante de doctorado en Roma.

Todavía recuerdo mi estupor al ver por primera vez la inmensa fachada de la basílica de San Pedro, y mi decepción al descubrir que aquellas grandes letras en latín no eran una cita evangélica, sino el nombre de un Papa que quiso dejar su huella sobre una de las iglesias más importantes de la cristiandad. Con el tiempo, he llegado a comprender mejor la historia de este peculiar edificio, que este 2026 celebra cuatrocientos años de su dedicación tras haber sustituido a la antigua basílica constantiniana.

Ante este aniversario, el Vaticano ha organizado una serie de iniciativas que ayuden a profundizar en el inmenso valor espiritual del templo. Habrá momentos de oración y canto litúrgico cada sábado por la tarde, una aplicación que ayude a los peregrinos a seguir mejor la liturgia en la basílica y meditaciones a cargo del predicador de la Casa Pontificia, entre otras cosas. Destaca también la inauguración de un nuevo Via Crucis encargado al artista suizo Manuel Dürr. Otras iniciativas subrayan también el valor artístico como las cúpulas Gregoriana y Clementina, que se podrán visitar a partir de ahora, además de nuevas áreas de exposición.

Este programa de celebraciones me trae a la memoria el recuerdo de la visita más impresionante que hice en esta basílica. Fue en mayo de 2020, el día que terminó el confinamiento en Roma. Fui con un amigo recorriendo las calles vacías. Habían desaparecido las largas filas de peregrinos en la plaza y se escuchaba únicamente el rumor de las fuentes. Al entrar, descubrimos la inmensidad del templo sumido en un silencio absoluto. Apenas seríamos quince personas en todo el recinto. En medio de aquella sobrecogedora soledad, mi amigo se inclinó y susurró: “Verdaderamente, esta es la casa de Dios”. ■